

Introducción

Aunque no deja de ser un tópico gastado y añejo, el caduco cliché decimonónico que proyecta una Edad Media oscurantista, una *Dark Ages* de superstición en la que *oratores* y *bellatores* ejercerían un dominio a la vez incontestado e incontestable, sigue operando en ciertos niveles subliminales de la conciencia histórica actual. Ciertamente, el tópico de la oscuridad de los siglos medievales es un cadáver historiográfico que se resiste a morir¹.

Por supuesto, la Edad Media fue una Edad de la Fe, una época teocéntrica dominada por el sentimiento religioso. A pesar de que este hecho en sí mismo no tiene por qué merecernos un juicio desfavorable, más bien al contrario, lo cierto es que esta definición no hace del todo justicia al Medievo. La civilización del Occidente medieval produjo una conciliación entre fe religiosa y cultura como ninguna otra antes o después.

Esto fue particularmente cierto durante los llamados renacimientos medievales, breves pero intensos fogonazos de ciencia y cultura a la luz de la fe cristiana. En concreto, el último de estos renacimientos, el del siglo XII, hizo posible la definitiva *translatio studii* desde el Islam al Occidente y la posterior hegemonía planetaria de Europa.

¹ Vid. Jacques HEERS, *Le Moyen Age, une imposture*, París, 1992, ed. esp. *La invención de la Edad Media*, Madrid, 1995.

Ahora bien, si prestamos atención al contexto de estos sucesivos renacimientos medievales², comprobaremos que detrás de ellos se oculta una acción decidida del poder político y eclesiástico, más marcadamente el político (la Realeza) en los renacimientos carolingio (c. 800), alfrediano (c. 890), otónida (c. 960) y alfonsí (c. 1250) y claramente eclesiástico en el renacimiento del siglo XII, si bien los monarcas no dejaron de jugar un cierto papel en este último al tiempo que el clero fue «la mano de obra» de todos y cada uno de ellos.

En efecto, detrás de cada renacimiento vislumbramos la sombra alargada de un Rey Sabio, ya sea financiando, premiando, reuniendo, estimulando y organizando a los intelectuales: Carlomagno, Carlos el Calvo, Alfredo el Grande, Otón I, Otón III, Enrique I, Roger II, Federico II, Alfonso X. El patronazgo regio, cuando no su propio ejemplo personal, fue decisivo en todos estos casos y creemos resulta de la mayor importancia dilucidar qué movió a estos monarcas a emprender esta aventura cultural que tan onerosa les resultó y tantas consecuencias acarreó para el destino de Europa.

La hipótesis de partida que intentaremos defender y argumentar en este libro, un trabajo propio de lo que podríamos llamar tanto una *historia cultural de la política* como una *historia política de la cultura*, es que el motor detrás de toda esta actividad regia de apoyo a la cultura y la ciencia fue un ideal. Un ideal nacido de la teología política católica: el *Ideal Sapiencial*. Un ideal de amor a la sabiduría similar al de los filósofos griegos pero teñido de cristianismo dentro de una búsqueda de la Verdad iluminada por la Fe. De hecho, este Ideal Sapiencial medieval fue tan hijo de Sócrates como de Cristo, ya que sus fuentes las encontramos tanto en la Filosofía como en la Biblia.

Si la Edad Media fue la Edad de la Fe por excelencia, durante algunos de sus momentos más brillantes también fue una época en la que hombres de fe buscaron el saber con un entusiasmo comparable al de los filósofos atenienses. Y algunos de estos hombres de fe llevaban coronas. Fueron reyes filósofos. Los reyes filósofos por los que suspirara Platón en *La República*. No en vano, la Edad Media cristiana ha sido considerada por Piganiol como el triunfo del sueño sapiencial de Platón. Y, sin duda, los filósofos gober-

² En torno a los renacimientos medievales, *vid.* Warren TREADGOLD (ed.), *Renaissances before the Renaissance. Cultural revivals of Late Antiquity and the Middle Ages*, Stanford, 1986; Armando SAPORI, «Moyen Age et Renaissance vus d'Italie: por un remaniement des périodes historiques», *Annales E. S. C.*, 11, 1956, pp. 434-457; Roberto SABATINO LÓPEZ, «Still another Renaissance?», *American Historical Review*, 57, 1951, pp. 1-21, y Friedrich HEER, «Die Renaissance Ideologie im frühen Mittelalter», *Mitteilungen des Institut für Österreichische Geschichtsforschung*, 57, 1949. En estos trabajos se comprueba cómo los renacimientos medievales fueron una tendencia de fondo del período antes que fenómenos históricos localizados y aislados.

naron durante buena parte del Medievo occidental. Es cierto que llevaban corona o mitra o tiara pero no por ello dejaron de ser filósofos.

El sabio, el guerrero y la trifuncionalidad

Desde la más remota Antigüedad, descubrimos en algunas de las civilizaciones mediterráneas una dupla de arquetipos que consideramos de enorme importancia para la comprensión de la evolución del pensamiento político de Occidente: el arquetipo de la Realeza sapiencial y el arquetipo de la Realeza triunfal. El primero aparece vinculado a la conexión entre poder y conocimiento y estaría siempre conectado de alguna forma al sacerdocio. En realidad, en nuestra opinión la Realeza sapiencial no sería sino una de las encarnaciones de la Realeza sacerdotal o sacral³.

El segundo arquetipo estaría ligado al heroísmo del guerrero, a un *ethos* épico y a la victoria en el campo de batalla. Hacemos nuestra la definición de Max Weber a este respecto: «el caudillaje ha surgido en todos los lugares y épocas bajo uno de estos dos aspectos, los más importantes en el pasado: el de mago o profeta, por una parte, y el de príncipe guerrero, jefe de banda o *condottiero*, de la otra»⁴.

Ahora bien, ambos paradigmas están a su vez imbricados en la cosmovisión de las civilizaciones en el seno de las cuales nacieron y se desarrollaron. Algunas teorías antropológicas de gran proyección han planteado que las sociedades indoeuropeas se habrían organizado de forma sistemática en tres castas o estratos de acuerdo a tres funciones sociales: el sacerdocio, la milicia y la producción de alimentos y bienes.

En efecto, de acuerdo con las investigaciones del antropólogo francés Georges Dumézil, en el seno de la antigua *trifuncionalidad indoeuropea* (que no deja de ser un esquema teórico) los dos primeros estratos, minoritarios y aristocráticos, asumieron el liderazgo en virtud de su identificación con dos arquetipos sociales, fortaleza (*fortitudo*)⁵ y sabiduría (*sapien-*

³ Vid. G. FREELEY-HARNIK, «Herrscherkunst und Herrschaft: Neuere Forschungen zum sakralen Königtum», *Herrschaft als soziale Praxis*, ed. A. Lüdtker, *Veröffentlichungen des Max Planck-Instituts für Geschichte*, 91, Göttingen, 1991, pp. 195-25, y Herwig WOLFRAM, «Methodische Fragen zur Kritik am Sakralen Königtum», *Festschrift O. Höf-ter*, Viena, 1968, p. 668 y ss.

⁴ MAX WEBER, *Politik als Beruf, Wissenschaft als Beruf*, Munich, 1919, ed. esp. *El político y el científico*, Madrid, 1967, p. 87.

⁵ Traducible por «fortaleza». Hemos optado por la denominación latina para significar algo más que la mera fortaleza física (en latín *strenuitas*). En su acepción romana, *fortitudo* denota también vigor y determinación moral.

tia)⁶, es decir, aptitud para la guerra o aptitud para el estudio, entonces estrechamente ligado al culto divino (no olvidemos que la ciencia nació en los templos mesopotámicos).

Por consiguiente, en el plano teórico, fuerza y conocimiento fueron desde muy antiguo las virtudes humanas que recibieron una valoración moral más positiva, mientras que el grueso de la población se congregaría en un tercer estrato inferior cuya función social sería meramente proveer de lo necesario a los dos estratos dirigentes⁷. La mentalidad social derivada del arquetipo político de la *fortitudo* se concretó en fenómenos ideológicos ligados siempre a un *ethos* marcial, tales como la anteriormente mencionada Realeza triunfal (cuyas primeras manifestaciones descubrimos en los reyes conquistadores de Akkad) o el *ideal agonal* griego, una ritualización del combate cantada por los vates de la tradición homérica y pindárica⁸.

Ambos fenómenos están conectados con la *heroarquía* de que hablara en el siglo XIX el historiador inglés Thomas Carlyle, esto es, el culto al héroe (*Hero-worship*) como culto al gran guerrero divinizado, sea este Gilgamesh, Melkart o Heracles⁹. Un culto al héroe que tendría continuidad en la veneración católica por los santos y los mártires, hombres desarmados que harían que la fortaleza espiritual sustituyera a la militar como la virtud heroica por excelencia en el Medievo¹⁰.

Mientras, el arquetipo político de la sabiduría generaría un *Ideal Sapiencial* que quedaría ligado a la cosmovisión del sacerdocio, en tanto que atributo carismático y don de los selectos conocedores del mensaje revelado de la divinidad, un mensaje arcano en muchas religiones. Esta vinculación la avanzaba Georges Dumézil en su clásica obra *L'idéologie tripartite des Indo-Européens*, en donde leemos: «de una parte lo sagrado y sus relaciones, sea de los hombres con lo sagrado (el culto divino, la magia), sea de los hombres entre ellos bajo la garantía de los dioses (derecho, administración)... en la otra parte el poder soberano ejercido por los reyes

⁶ Traducible por «sabiduría». Tiene en su denominación latina una acepción moralizante que pervivirá en el imaginario cristiano. «Sabio» no es quien sabe mucho sino aquel cuya vida es ejemplar en tanto que reflejo de su conocimiento íntimo de la Verdad. Por tanto, *Sabiduría* aquí es diferente de «ciencia», «erudición» o «conocimiento» en la medida en que Bien y Verdad son insolubles. En los hombres sabios hay bondad al igual que en los hombres buenos hay sabiduría.

⁷ Vid. Georges DUMÉZIL, *L'idéologie tripartite des Indo-Européens*, Bruselas, 1958; y *Jupiter, Mars, Quirinus*, París, 1941.

⁸ WERNER JAEGER, *Paideia. Die Formung des griechischen Menschen*, Berlín, 1933; ed. esp. *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, Madrid, 1993, p. 14.

⁹ THOMAS CARLYLE, *On Heroes*, Londres, 1841, ed. esp. *Los Héroes*, Barcelona, 1985, p. 43.

¹⁰ Vid. H. DELEHAYE, *Les origines du culte des martyrs*, Bruselas, 1933.

o sus delegados de conformidad con la voluntad y el favor de los dioses». División de poder a la que luego se añade la división, más básica, entre «la ciencia y la inteligencia, siempre inseparables de la meditación y la manipulación de lo sagrado y, del otro lado, la fuerza física, brutal, y los usos de esta fuerza, uso principalmente guerrero»¹¹.

Estamos ante un fenómeno ideológico fundamental cuyo devenir histórico desde la Antigüedad Tardía hasta la Plena Edad Media será el objeto de esta obra: el sacerdocio estuvo asociado desde el principio a un arquetipo sapiencial devenido en función social y conocimiento moralizado. Y también a una condición humana concreta: la ancianidad. Por el contrario, los guerreros estuvieron asociados por lo general a la juventud y a la necesidad de ser aconsejados e instruidos.

De hecho, en la sociedad de los *aryas* de la India, una sociedad paradigmática del modelo social indoeuropeo, las relaciones de poder entre *brahmanes* y *kshatriyas*, entre sabios sacerdotes poseedores del *dharma* (conocimiento religioso) y guerreros bajo su tutela, se configuró en base a un marcado dualismo *seniores-iuniores*, ancianidad sabia-juventud guerrera¹². La nobleza guerrera indoeuropea sería así la encarnación de una *imago iuventutis*¹³, siendo una aristocracia tutelada por el saber de los ancianos sacerdotes, depositarios de un legado arcano que hay que venerar en cuanto que revelación divina.

Estos dos tipos antitéticos, el del anciano sabio y el joven guerrero, simbolizados en la India por los dioses Mitra (Rey Sabio) y Varuna (Rey Guerrero), por Ulises y Aquiles en la *Ilíada*, por Odín y Thor entre los germanos y, en los orígenes legendarios de Roma, por las figuras de los reyes Rómulo y Numa, acabarían convirtiéndose tras su cristianización en arquetipos políticos fundamentales para la civilización occidental en general y la mentalidad medieval en particular, según señaló en su día Ernst R. Curtius¹⁴.

Lo estricto de esta división dual se advierte cuando se constata que la atribución a la casta sacerdotal de funciones propias de la *fortitudo*, como el ejercicio de las armas, o la caracterización sapiencial de alguien perteneciente al estrato de los guerreros suponía, de hecho, una grave transgre-

¹¹ G. DUMÉZIL, *L'idéologie tripartite des Indo-Européens*, op. cit., p. 18.

¹² En este sentido, TÁCITO escribía en su *Germania* (capítulo 11) que en las deliberaciones de las asambleas del pueblo germánicas (*Thing*) se establecía una jerarquización en el uso de la palabra en base a la edad (*prout aetas*) y las hazañas en la guerra (*decus bellorum*).

¹³ Vid. Claude CAROZZI, «Les fondements de la tripartition sociale chez Adalbéron de Laon», *Annales E.S.C.*, 33, 1978, pp. 683-701.

¹⁴ ERNST R. CURTIUS, *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948, ed. esp. *Literatura europea y Edad Media latina*, México, 1955, t. 1, p. 241 y ss.; vid., G. DUMÉZIL, *Mitra-Varuna. Essai sur deux représentations indo-européennes de la souveraineté*, *Bibliothèque de l'École des Hautes Études*, LVI, París, 1940.

sión, una ruptura de este sistema bifronte de virtudes y, por añadidura, del sacralizado ordenamiento social trifuncional.

De aquí derivaban las severas prohibiciones védicas en torno al derramamiento de sangre por parte de un brahmán o la tradición judeocristiana que apartaba al hombre de religión de la guerra, en tanto que fuente de impureza espiritual. La sangre derramada impurifica al oficiante del culto divino en muchas religiones. Y la cristiana ha sido siempre la más radical en su rechazo a la violencia. A pesar de que la larga tradición que «guerra santa» cristiana pueda indicar lo contrario, el ideal de la Cruzada, el *bellum sacrum*, tardó mucho en implantarse en la Cristiandad occidental, despertando siempre críticas, incomprensiones y suspicacias que no encontraremos nunca entre los alfaques musulmanes o los rabinos judíos hacia la *jihad* o los *zelotes* de todas las épocas¹⁵.

Un ejemplo esclarecedor del problema suscitado por la superposición de funciones lo encontramos en el escándalo que despertó en algunos clérigos del siglo XII como Isaac de la Estrella, Walter Map o Juan de Salisbury un *monstruum novum* como las Órdenes Militares, integradas por monjes-soldados que rompían con la trifuncionalidad.

Monjes derramando sangre de infieles. Sólo alguien de la talla de San Bernardo de Claraval pudo convencer a la Cristiandad de que eso era algo querido por Dios. Un escándalo no menor al de los monjes soldado lo provocó un siglo antes la pretensión del monacato benedictino vinculado a Cluny de implicarse en la política secular del reino, lo que despertó las más ácidas críticas del obispo Adalberón de Laon en su famoso *Poema al Rey Roberto*.

En esta dirección, descubrimos que en los *cantares de gesta* medievales la figura del sabio nunca ejerce la violencia, erigiéndose únicamente en consejero pasivo: «el sabio es concebido como alguien intrínsecamente no violento»¹⁶. A la ausencia de *fortitudo* se responde con la presencia compensatoria de la *sapientia* y viceversa. La *mesure* del buen consejero (*homme de bon conseil*), así como su *sen et memoire*, serían virtudes propias del anciano no combatiente.

Por lo general, cuando hablamos de una *intelligentsia* (intelectualidad orgánica a partir de la conceptualización de Antonio Gramsci)¹⁷, estamos hablando de un grupo de pensadores (*intelectuales*) cuyo predominio sobre la sociedad sería *ánimico* y no fruto del ejercicio de la violencia. Este

¹⁵ Vid. Palmer A. THROOP, *Criticism of the Crusades*, Cambridge, 1993.

¹⁶ Joël H. GRISWALD, *Archéologie de l'épopée médiévale. Structure trifonctionnelles et mythes indo-euro-péens dans le cycle des narbonnais*, París, 1981, pp. 175-176.

¹⁷ Vid. Antonio GRAMSCI, *Gli Intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Roma, 1936.

predominio anímico, bautizado recientemente como *noocracia*¹⁸, de los intelectuales sobre el resto de los hombres y el enorme poder social consiguiente provendría a un tiempo de un hipermoralismo y del hecho de constituirse en la instancia suprema que otorga sentido a la realidad, esto es, que otorga una cosmovisión a la civilización que lidera¹⁹.

Obviamente, este predominio anímico de los intelectuales orgánicos los asimila a una casta sacerdotal, sean coincidentes (como ocurrió en la Edad Media) o no, como sucede en la actualidad. Fue Friedrich Nietzsche quien primero llamó la atención sobre el proceso de toma del poder por parte de los intelectuales en el Occidente medieval. El filósofo alemán señaló en su *Genealogía de la Moral* que la Iglesia católica habría *domesticado* la voluntad de poder de los invasores bárbaros, «los rubios animales de presa codiciosos de botín», canalizándola hacia la cultura.

El predominio anímico de los intelectuales clericales sobre los bárbaros se habría obtenido a partir de la veneración de la inteligencia y la sabiduría como la más alta condición de la existencia en lo que fue un desplazamiento de la fuerza bruta (*fortitudo*). De esta forma, la cultura habría sido el instrumento de lo que Nietzsche bautiza como «rebelión de los esclavos», esto es, la victoria espiritual final que alcanzó el clero cristiano-romano sobre sus conquistadores germánicos²⁰.

Sin embargo, al inculcar el amor al saber a los reyes guerreros germánicos se dio una cierta transgresión en el seno del esquema de la sociedad indoeuropea trifuncional. En efecto, al desarrollar el clero católico una ideología salomónica que pretendía dotar de atributos sapienciales a los reyes germánicos convertidos al cristianismo la dupla *fortitudo-sapientia*, piedra angular de la estructura social, era violentada en lo más íntimo: se asistía al hecho insólito de que un guerrero deviniera en sabio/sacerdote. Sacerdocio y milicia eran para muchos incompatibles y vivían un conflicto sordo por la preeminencia, cuyos remotos orígenes descubrimos en la antigua Sumeria donde el *Ensi* y el *Lugal* aparecen como primeros prototipos de la Realeza sacerdotal (sapiencial) y la Realeza guerrera (triumfal).

En la Edad Media cristiana este conflicto funcional se habría dado entre clérigos y caballeros, así como entre el papa y el emperador. Un conflicto que marcó la vida intelectual a lo largo del Medievo. Al igual

¹⁸ Benjamín OLTRA, «Los intelectuales como *noocracia*. Tendencias cualitativas en el fin de milenio», *Política y sociedad: estudios en homenaje a Francisco Murillo*, Madrid, 1987, vol. 1, pp. 135-137.

¹⁹ Vid. Florian ZNANIECKI, *The Social Role of the Man of Knowledge*, Nueva York, 1940.

²⁰ Friedrich NIETZSCHE, *Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift*, 1887, ed. esp. *La Genealogía de la Moral: un escrito polémico*, Madrid, 1972, pp. 42-49.

que había ocurrido en tiempos de la antigua Mesopotamia o en el antiguo Egipto, la cultura erudita en la Edad Media fue casi exclusivamente una cultura sacerdotal. De hecho, el saber y la ciencia sólo tenían sentido en el seno de la Iglesia y en clave cristiana²¹. De ahí que, en último término, la Realeza sapiencial no fuera más que otra forma más de eclesialización y clericalización del oficio regio que San Gregorio Magno transformara en *ministerium* pastoral.

Realeza sacerdotal y Realeza triunfal

Por otra parte, no es menos cierto que este proceso de eclesialización de la monarquía cristiana se llevó a cabo tanto a favor como en contra de los intereses de la jerarquía eclesiástica. Y es que, a la hora de construir un estado teocrático que dejara atrás la sutil tutela sacerdotal del trono, resultaba también preciso que los reyes guerreros se revistieran con atributos carismáticos y funciones sociales propias del sacerdocio. La *auctoritas* sacerdotal proporcionaba instrumentos imprescindibles de cara a la forma de *dominación carismática*. Ciertamente, la *potestas* secular no bastaba para ello.

La forma de dominación carismática aparece siempre que, en una época de cambios sociales, un líder o una élite rectora crean y movilizan formas simbólicas articuladoras de nuevas relaciones de poder y está claro que nada supera a la sacralidad como vehículo de legitimación de una autoridad determinada²². Los reyes constructores de estados que superaron primero la atomización tribal de la Edad de las Invasiones y después la descomposición feudal del Año Mil precisaron de esta forma de dominación carismática para imponerse como referente en las conciencias.

En este sentido, se ha hablado mucho y bien de la Realeza sacerdotal como arquetipo político y como modelo de liderazgo carismático en la línea de lo sugerido en su día por Max Weber. Dentro de los fundamentos de la legitimidad de un *modo de dominación* Weber apunta los siguientes: la legitimidad de la Tradición (el *eterno ayer* de la costumbre inmemorial), la legitimidad del carisma (la *gracia* divina de los profetas y los reyes sacerdotes) y la legitimidad de la Ley (que da lugar al arquetipo del Rey Legislador propio de la *Realeza Iuscéntrica*)²³.

²¹ Jacques PAUL, *Histoire intellectuelle de l'Occident médiéval*, París, 1998, ed. esp. *Historia intelectual del Occidente medieval*, Madrid, 2003, p. 34.

²² Abner COHEN, «Antropología política: el análisis del simbolismo en las relaciones de poder», *Antropología política*, ed. J.R. Llobera, Barcelona, 1970, p. 62.

²³ M. WEBER, *Politik als Beruf, Wissenschaft als Beruf*, op. cit., ed. cit., p. 85.

No obstante, consideramos que el análisis de la dimensión ideológica de esta dominación carismática propia de la Realeza sacerdotal se ha ceñido en exceso a la dimensión ritual y simbólica de lo numinoso, descuidándose en cierta medida el papel que jugó el conocimiento de los *arcana Dei*, un saber secreto sobre los misterios de la Creación al alcance de unos pocos.

Por consiguiente, el paradigma de la Realeza sapiencial, en tanto que fuente de legitimación del poder, no puede entenderse al margen del liderazgo carismático propio del sacerdocio. Y es que el arquetipo Rey Sabio se podía asociar con la benevolencia de la divinidad de una forma privilegiada a la que únicamente el Rey Sacerdote o el rey victorioso y conquistador podían aspirar. Y la victoria suele ser más esquivada que la sabiduría y aún más extraordinario resulta el don de la profecía, la condición de *elegido de Dios*.

Sea como fuere, Realeza sapiencial y Realeza triunfal, combinadas o no con la Realeza sacerdotal, constituyen en nuestra opinión las dos principales expresiones del liderazgo carismático en las edades Antigua y Media. Y es que la Realeza iuscéntrica propia del imperio de la ley apenas tuvo destellos de gloria en los tiempos anteriores al siglo XIII, ya que las sociedades apoyadas en códigos de leyes fueron *estados sin rey*, como la Atenas del siglo de Pericles o la Roma republicana. Las figuras de reyes legisladores como Hammurabi, Servio Tulio, Teodosio o Justiniano fueron siempre una rareza no menor que la de los reyes sabios.

En definitiva, del mismo modo que Michael McCormick y otros autores han acuñado el término *Realeza triunfal* (*Triumphal Rulership*) para designar al modelo político de la Antigüedad y la Edad Media que gira en torno al arquetipo de la *fortitudo* victoriosa («la eterna victoria») ²⁴, nuestra intención es perfilar un modelo ideológico coherente al que daremos el nombre de *Realeza sapiencial*. Un modelo tan influyente o más que el militar en la formación de las monarquías cristianas del Occidente medieval y el nacimiento de lo que hemos dado en llamar *Europa*.

Este concepto de *Realeza sapiencial* lo hemos tomado del profesor alemán Wilhelm Berges, un estudioso de los espejos de príncipes medievales, quien acuñó a finales de los años treinta del siglo pasado el término *Ideal des Gelehrtenkönigs* (Ideal de los reyes sabios) para definir un lugar común del pensamiento político medieval: la exigencia de sabiduría de los monarcas cristianos ²⁵.

²⁴ Vid. Michael McCORMICK, *Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*, Cambridge, 1986.

²⁵ Wilhelm BERGES, *Die Fürstenspiegel des Hohen und Späten Mittelalters*. Monumenta Germaniae Historica Schriften, 2, Hannover, 1938, p. 66: «An die Seite des Ideal des Hoffmannes und des höfischen Königs tritt das Ideal des Gelehrten und Gelehrtenkönigs».

El Ideal Sapiencial y la imagen de la Sabiduría divina

La Sabiduría divina (*Hokhmá* bíblica/*Sophia* platónica/*Sapientia* latina) o conocimiento espiritual de las cosas divinas, debe ser diferenciada tanto del saber entendido como una virtud moral (*tushiyah* bíblica/*phronesis* aristotélica/*prudencia* latina), una de las cuatro virtudes cardinales, como también del conocimiento intelectual entendido como erudición libresca o ciencia experimental, esto es la *episteme/techné* griega o la *scientia/sagacitas/eruditio* latina²⁶.

Por consiguiente, cuando hablamos del Ideal Sapiencial estamos aludiendo a un discurso propio de la teología política tardoantigua y medieval en el que estas tres acepciones (espiritual, moral e intelectual) van de la mano, entremezclándose e incluso en ocasiones confundándose.

El investigador alemán Hans Hubert Anton acuñó el concepto de *Sapientiaideals* (*Ideal Sapiencial*) en su monumental estudio de los espejos de príncipes carolingios aludiendo a una doble acepción de este paradigma a partir de su definición altomedieval por parte de Alcuino de York: en tanto que *ewige Weisheit* (la Sabiduría espiritual tal y como aparece en la Biblia y los filósofos griegos) y en tanto que *weltliche Wissenschaft* (el conocimiento científico)²⁷.

Otra realidad diferente a estas tres, aunque sea el origen y fundamento de ellas, lo representaría la Sabiduría hipostática, una encarnación femenina de la Sabiduría divina. Esto es, una Sabiduría revestida del carácter de *ser*, individualizada en una suerte de personificación, emanación²⁸, atributo, virtud o desdoblamiento de carácter personal y femenino²⁹ del Todopoderoso.

La imagen visual de la Sabiduría hipostática en la Tradición cristiana de Occidente beberá, sin embargo, de la bella alegoría sapiencial de un enciclopedista romano pagano como Aulo Gelio, quien proporcionaría a la Edad Media una de las imágenes más vívidas de la Sabiduría hipostática (*Imago sapientiae*), personificada en su obra, las *Noctes Aticas*, como una divinidad femenina inspirada en la diosa Atenea, una poderosa *Imago in-*

²⁶ Vid. JOHN MEYENDORFF, «Wisdom-Sophia: contrasting approaches to a complex theme», *Studies Ernst Kitzinger*, 243, 1988, pp. 391-401.

²⁷ HANS HUBERT ANTON, *Fürstenspiegel und Herrscherethos in der Karolingerzeit*, Bonn, 1968, p. 255, n.º 555.

²⁸ En la versión de la Vulgata del *Libro de la Sabiduría* (VII, 25) se define a la Sabiduría como *emanatio Dei*, «emanación de Dios».

²⁹ *Hokhmá* en hebreo pertenece al género femenino de igual modo que la *Hagia Sophia* (Santa Sabiduría) griega.

mortal que odia a los ignorantes y preside, soberana, la entrada de todos los templos.

No obstante, la Edad Media recibirá la noción acuñada por Aulo Gelio de *Imago sapientiae* tamizada a través de la interpretación agustiniana de la noción de *imagen* en tanto que *Imago veritatis* por la cual el numen divino se manifiesta en el ámbito terrenal, es decir, como una vía más de la revelación mística o, lo que viene a ser lo mismo, una especie de epifanía de la Verdad divina.

El *De Nuptiis Philologiae et Mercurii* («De las bodas de la Filología con el dios Mercurio», circa 460) de Marciano Capella constituyó un hito en la cristianización del arquetipo sapiencial pagano, al construir una fábula en la que la teofanía pagana de una Dama Filología asimilable a un *spiritus Sapientiae* femenino, eterno y virginal, presentaba una infinidad de variantes aprovechables para la teología cristiana medieval (desde Alain de Lille a Chretien de Troyes). No en vano, esta obra será de uso general en las escuelas medievales en tanto que una enciclopedia didáctica del saber literario antiguo.

En definitiva, cabe concluir que la *Imago sapientiae*, la representación figurativa o literaria de una Sabiduría hipostática, se configuró en la Antigüedad Tardía a partir de fuentes paganas y bíblicas en una tradición genuinamente cristiana, una tradición que tuvo su continuidad en la Edad Media, momento en el que alcanzaría su mayor esplendor, hasta enlazar con la iconografía mariana bajomedieval de la Virgen como Trono de Sabiduría (*Sedes Sapientiae*)³⁰.

Los dos modelos de Realeza sapiencial: el platónico y el salomónico

Se podrían establecer, con respecto al arquetipo del Rey Sabio dos tipos diferenciados de Realeza sapiencial: una que bien podríamos llamar *platónica* y otra que denominaremos *bíblica*. La Realeza platónica sería una Realeza sapiencial de corte griego en la cual el gobernante en cuanto que *Rey filósofo* que ha buscado la Verdad y la ha encontrado *por sí mismo*, está legitimado para ejercer un liderazgo carismático. Sería ésta una Realeza en la que el arquetipo sapiencial sería «jerárquico ascendente», es decir, tendría una dimensión transgresora en cuanto que depende del esfuerzo

³⁰ Vid. Fairy VON LILIENFELD, «Frau Weisheit —in byzantinischen und karolingischen Quellen des 9. Jahrhunderts— allegorische Personifikation, Hypostase oder Typus?», *Typus, Symbol, Allegorie*, ed. Margot Schmidt, Eichstätter Beiträge, 4, Ratisbona, 1982, pp. 146-186.

humano (antropocentrismo helénico) y rompe con la atávica y ancestral sumisión de la *psique* del gobernante al oráculo y al sacerdocio.

Y es que el gobernante dotado de atribuciones sapienciales *fruto del estudio* podrá asumir el liderazgo carismático derivado de la obtención de una relación cognitiva y espiritual con la Verdad y la divinidad sin necesidad de recurrir a otras fuentes de legitimación, un hecho que tendrá más o menos las mismas implicaciones políticas trascendentales en el período helenístico o en el renacimiento del siglo XII. Podríamos decir que el Misterio y lo numinoso son sustituidos por el conocimiento racional como instancias de legitimación carismática. Es el ideal de la *res publica philosophorum*, la república de los sabios en la que la Razón reina para que los ciudadanos puedan alcanzar el Sumo Bien a través del estudio y una vida virtuosa.

El Rey Filósofo platónico dominaría, además, la ciencia del buen gobierno (*anthropon arché*) que no consiste en el monopolio de la violencia, como en el caso de la Realeza militar, sino en el ejercicio público de las virtudes morales. Este ejercicio socrático de las virtudes le convierte en ejemplo y espejo para sus súbditos, de forma que lo que en el Rey Guerrero es interdicción y castigo, en el Rey Filósofo es incitación a la virtud mediante la *imitatio regis*³¹. El Rey Filósofo en tanto que maestro de sí mismo, señor de sus pasiones, está capacitado para gobernar y enseñar a sus súbditos el camino de la felicidad.

En segundo lugar tendríamos una Realeza bíblica definida en los libros sapienciales del Antiguo Testamento. Sería ésta una Realeza sapiencial con atribuciones sacerdotales según el paradigma del *Melquisedek* del *Génesis*, arquetipo del Rey Sacerdote y prefiguración del *Rex et sacerdos* cristiano³².

De acuerdo con la cosmovisión oriental, siempre «jerárquico-descendente», el discurso sapiencial bíblico hace de los reyes de Israel «monarcas sabios» en cuanto «ungidos del Señor», siendo su sabiduría un «don del Cielo» y no fruto del estudio de los libros. El Rey Sabio lo es porque conoce los *arcana Dei*, el Misterio, lo numinoso. Y de lo numinoso procede a su vez su sabiduría, un regalo de Dios para Su elegido, más allá de sus merecimientos o capacidades intelectuales.

El mejor ejemplo de esto lo encontramos en el rey Salomón que recibe de Dios la *hokhmá* (sabiduría) gracias a sus plegarias y piedad personal. Por tanto, en la Realeza bíblica es la Fe y no la Razón la que reina soberana e indiscutida. El objeto de la sabiduría es una Verdad revelada, no

³¹ Michel SENELLART, *Les arts de gouverner. Du regimen medieval au concept de gouvernement*, París, 1995, pp. 91-92.

³² Vid. Franz KAMPERS, «Rex et Sacerdos», *Historisches Jahrbuch*, 45, 1925, pp. 495-515.

hallada racionalmente. Es éste un arquetipo teocéntrico y fideísta, de legitimación divina del poder: *sapientia a Deo data*.

Michel Senellart ha escrito que el Rey Sabio (*Rex sapiens*) de la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media dio paso, en el transcurso del renacimiento del siglo XII, a una nueva figura, la del Rey Letrado (*Rex litteratus*)³³. Por nuestra parte, asimilamos el primer arquetipo político a la Realeza sapiencial bíblica, mientras que el segundo sería más deudor de la figura del Rey Filósofo platónico según comprobamos, por ejemplo, en el *Polycraticus* de Juan de Salisbury.

En efecto, se comprueba fácilmente que mientras que los reyes sabios del Alto Medievo fueron discípulos de los clérigos y monjes, volcándose en el estudio del *Trivium* y la *Sacra Scientia*, en cambio los reyes letrados de la Plena Edad Media se aficionaron a las disciplinas profanas del *Quadrivium* y no estuvieron tan sujetos a la tutela intelectual del clero. Un buen ejemplo del primer modelo es Alfredo el Grande, rey de Wessex. Alfonso el Sabio de Castilla es, sin duda, el monarca que mejor encarnó el segundo paradigma.

Y es que la noción altomedieval de *sapiens* difería de la escolástica de *litteratus* en algunos aspectos sustanciales. En este sentido, Peter Brown ha definido al *vir sapiens* de la Alta Edad Media de la siguiente manera: «era éste un hombre que dominaba el latín libresco, que había hecho suya la sabiduría de la Biblia y la Tradición cristiana, entonces accesible sólo a través de unas pocas obras de enorme valor. Era alguien que sabía desplegar este conocimiento tan costosamente adquirido en un latín retórico calculado para comunicar toda la profundidad de semejante sabiduría»³⁴.

Con todo, dentro del primer modelo de Realeza sapiencial bíblica hay que distinguir entre dos paradigmas: el *davídico* y el *salomónico*, perfilables a partir de las figuras históricas del rey David y de su hijo Salomón. En el paradigma de la *Realeza davídica*³⁵, el Rey Sabio gobierna conforme a las leyes divinas de las cuales es el principal defensor. Su sabiduría se traduce en obediencia y sumisión al orden querido por Dios. Es sabio porque, ante todo, es temeroso de Dios.

Ahora bien, ello no quiere decir que el monarca sea particularmente sumiso a la jerarquía eclesiástica, ya que descubrimos el paradigma da-

³³ M. SENELLART, *Les arts de gouverner, op. cit.*, p. 107.

³⁴ Peter BROWN, *The Rise of Western Christendom. Triumph and diversity (200-1000)*, Oxford, 1996, p. 241.

³⁵ Para la acuñación de este término, *vid.* Robert FOLZ, *Le couronnement impérial de Charlemagne*, París, 1964, pp. 141-156, y Aryeh GABROIS, «Un mythe fondamental de l'histoire de France au Moyen Age: le Roi David, précurseur du Roi très chrétien», *Revue Historique*, 287, 1992, pp. 17-21.

vídico combinado en ocasiones con una concepción cesaropapista de la Realeza, como en el caso de Carlomagno.

En el paradigma salomónico, en cambio, el Rey Sabio, conocedor de los *arcana Dei*, corre el riesgo de corromperse por la soberbia del intelectual que le lleva a desafiar la moral recibida y la tradición heredada, sintiéndose *más allá del Bien y del Mal*. Esta rebelión contra la Ley de Dios aleja al soberano del orden sacerdotal y le convierte en un heterodoxo que escudriña los saberes prohibidos. En la Edad Media cristiana encontramos encarnaciones de ambos paradigmas. Carlomagno, *nuevo David*, sería el representante por excelencia de la Realeza sapiencial davídica, mientras que Childerico de Neustria, *nuevo Nerón*, sería un ejemplo de monarca de claro perfil salomónico en tanto que transgresor del orden eclesiástico.

La Realeza sapiencial en la Edad de las Invasiones

Sea como fuere, el perfil davídico, el del monarca obediente a la doctrina de la Iglesia fue más común en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media que su alternativa salomónica, más común en el Occidente latino de los siglos XIII y XIV, con monarcas como el emperador alemán Federico II Hohenstaufen (*imp.* 1214-1250) y Alfonso X el Sabio de Castilla (*reg.* 1252-1284) como estandartes de una nueva actitud de soberbia intelectual frente a la Iglesia. Poca soberbia intelectual podremos hallar en aquellos reyes bárbaros de la Alta Edad Media que a duras penas consiguieron hacerse con una cultura de mínimos, por no hablar de los más abundantes *reges illiterati*, completamente analfabetos.

Hay que tener muy presente que la Edad de las Invasiones (*circa* 400-800) fue una época azotada por la barbarie y la ignorancia, por lo que la civilización surgida de la síntesis entre romanidad, germanismo y cristianismo tuvo que abrirse paso durante largo tiempo en medio de una sociedad en guerra, azotada por la rapiña y un cierto caos. Una cantidad inmensa de cultura cayó bajo la espada y el hacha del bárbaro invasor.

Sin embargo, una sociedad cristiana no puede ser nunca una sociedad completamente analfabeta. El Cristianismo es, en cierto sentido, una *religión del Libro* y el acceso a la Biblia justificaba por sí solo la cuidadosa conservación de al menos las tres Artes del *Trivium*: Gramática, Retórica y Dialéctica. Si quería entender la Biblia Vulgata de San Jerónimo, el clérigo altomedieval tenía que familiarizarse antes con Virgilio y Cicerón. La actividad de cientos de *scriptoria* monásticos a lo largo de los siglos altomedievales atestiguan la importancia que la Iglesia otorgó a la conservación y lectura de los Clásicos grecorromanos.

En efecto, a pesar de la pérdida de tantos y tantos libros, bibliotecas y escuelas, no todo en este período puede catalogarse bajo el epíteto decimonónico de *Dark Ages* («Edad Oscura»). La civilización de la Edad de las Invasiones fue también, por su profundo sabor clásico y cristiano, una cultura propia de lo que Marrou bautizó en su día como una *Antigüedad Tardía*. Un fenómeno cardinal de la historia de la civilización europea fue esta dialéctica que se produjo entre la *hochkultur* («alta cultura escrita») grecorromana del imperio y la cultura nómada de transmisión oral propia de los invasores germánicos³⁶.

Toda dialéctica histórica (en cuanto enfrentamiento de una tesis y una antítesis) genera una síntesis tarde o temprano. De esta forma, el proceso de asentamiento de los pueblos germánicos en la *Romania* propició una *ósmosis* sociocultural entre dos modelos de civilización. Esta ósmosis romano-germánica tendría como consecuencia la transformación de las élites germánicas en «portadores de cultura» (*kulturträger*), lo cual les permitiría abandonar su condición marginal de salvaje *horda* invasora o mercenario del imperio (no hay que olvidar que muchos reyes bárbaros no eran sino *magistri militum* mercenarios desde el punto de vista romano).

Ello explica que algunos de los reyes bárbaros de esta época fueron también, en cierto sentido, reyes sabios que intentaron ser émulos no sólo de David y Salomón sino también de Marco Aurelio y Constantino el Grande. En palabras de Gerhard Dobesch, la voluntad de poder de los reyes germánicos se transformó en *voluntad de cultura*³⁷. De esta forma, la Realeza germánica pasó de ser el caudillaje carismático de una horda (*Heerkönigtum*: Realeza militar) a encarnar una sólida institución romana y dotada de contenidos eclesiológicos propios de la Realeza sacerdotal³⁸. Se trataba, en suma, de transformar al *Kunning* bárbaro en un *Rex* cristiano.

Pero este proceso de transformación necesitó de la guía de auténticos *sabios* romanos que orientaran a los monarcas bárbaros *aspirantes a sabios*. Estos sabios romanos fueron los antiguos funcionarios imperiales y el clero católico, últimos depositarios del inmenso acervo de la Romanidad. Ellos eran quienes poseían, casi en exclusiva, los conocimientos que permitirían abordar de un modo teórico las principales problemáticas suscitadas por la traumática caída del Imperio Romano³⁹.

³⁶ Gerhard DOBESCH, *Vom Äusseren Proletariat zum Kulturträger: Ein Aspekt zur Rolle der Germanen in der Spätantike*, Amsterdam, 1994, p. 4.

³⁷ G. DOBESCH, *Vom Äusseren Proletariat zum Kulturträger*, op. cit., p. 95.

³⁸ Heinrich VON SYBEL, *Entstehung des deutschen Königtum*, 1881, p. 242.

³⁹ Andrés BARCALA, «La moralización de la vida pública en los reinos bárbaros. El proyecto de Teodorico y Casiodoro», *Hispania Sacra*, 51, 1999, pp. 414-415.

Los dos primeros sabios romanos en guiar a un monarca bárbaro en el camino hacia el sueño del Rey Filósofo platónico fueron los senadores Casiodoro y Boecio, ministros del rey ostrogodo Teodorico el Grande (reg. 493-526), inspiradores del primer gran proyecto de civilización mixta romano-germánica, un proyecto de moralización cristiana de la vida pública que debía poner fin a «la civilización de la rapiña» propia de la época de las Invasiones bárbaras.

Boecio, embebido del espíritu neoplatónico, supo rodear de una cierta aureola mística a la Sabiduría, como causa de todas las cosas, no ya una mera *eruditio* práctica. Para Boecio, la Filosofía, en cuanto amor místico a la Sabiduría, sería una realidad espiritual concreta y personal, no un conocimiento especulativo abstracto, pudiendo ser equiparada a la búsqueda de Dios.

De acuerdo con esto, el principio carismático de legitimación sufriría una transformación en el período de Teodorico el Grande, siendo sustituida la *audacia* guerrera de los caudillos militares de época de las Invasiones por la *sapientia* de unos gobernantes romanizados. No en vano, el propio rey Teodorico fue alabado como un *philosophus purpuratus* (filósofo coronado) por sus cortesanos y del mismo modo que utilizó la púrpura imperial en sus apariciones públicas, adoptó también el lema imperial *humanitas* como eslogan político en sus monedas, transmitiendo un nítido mensaje de defensa de su civilización a sus súbditos romanos.

Un siglo después, el papa San Gregorio Magno (pont. 590-604) completaría la eclesialización de la Realeza germánica al aplicarle la noción pastoral y tutelar de la *cura animarum* propia de los obispos. La función pastoral del obispo católico iba a ser entonces trasladada al ámbito del gobierno secular, en concreto de la Realeza, cuando se considere que el *populus* precisaba ser instruido y evangelizado en tanto que ignorante (*paganus*: rústico). Una ignorancia que va a llevar a asimilar la condición jurídico-moral del *populus* con la noción de menor de edad, de *parvulus*, tal y como la había formulado San Pablo en su *Epístola a los Gálatas*.

En efecto, para el papa Gregorio Magno la condición de *ministerium* sagrado del gobierno cristiano, en tanto que función pastoral, vinculaba a éste con los dones concedidos por el Espíritu Santo a los ungidos con el santo óleo, entre ellos la sabiduría, claro está. En ello consistió la agudeza y previsión política de San Gregorio Magno, en implantar la teoría política hierocrática en aquellas regiones que no alcanzaba la jurisdicción del emperador, dada la ausencia total de cualquier perspectiva de cambio en la ideología cesaropapista del *basileus* bizantino.

En suma, se anunciaba la figura del *Rey Pastor* así como un arquetipo político que será muy del gusto de la publicística carolingia, encabezada por Alcuino de York: el *Rex praedicator* que evangeliza a su pueblo, en lo que no era sino la enésima recreación del arquetipo de la Realeza davídica.

A la muerte del papa Gregorio, se sucederían en Europa dos siglos de gran oscuridad (VII-VIII) jalonados por la imparable extensión del analfabetismo, la ruralización, la decadencia de la cultura y la amenaza islámica en el Mediterráneo, que se cobró la caída de la cultivada España visigoda.

La Realeza sapiencial y el renacimiento carolingio

Pero la tradición romano-cristiana, salvada a duras penas de la extinción por los monjes irlandeses y anglosajones en esos siglos oscuros para el Continente, será el fermento de una nueva cultura e ideología, la carolingia, que creará un nuevo paradigma a partir de la *renovatio* de ésta.

La sociedad y el estado francos afrontaron bajo la firma guía de Carlomagno (*reg.* 768-814) en la transición del siglo VIII al IX una radical transformación ideológica y la característica principal de la nueva ideología era su fuerte impronta eclesial, hasta el punto de ser una verdadera teología política. Mientras que el estado merovingio había sido predominantemente seglar, el Imperio Carolingio será un poder teocrático y cesaropapista, siendo la expresión política de una entidad unitaria religiosa: la Cristiandad, que ahora empezaría a ser conocida como *Europa*.

Carlomagno, en principio la encarnación más consumada de la Realeza triunfal germánica en tanto que victorioso conquistador de media Europa, fue también el más destacado de los reyes medievales patrocinadores de la cultura y las artes, el más consciente de la importancia que la educación tenía para construir una civilización cristiana en el seno de una sociedad barbarizada tras las Invasiones. En el gran imperio que construyó con la punta de la espada desde el río Ebro al río Elba impulsó con tesón la creación de escuelas y bibliotecas, llamando a su corte a los intelectuales más importantes del Occidente latino.

En particular jugarían un papel decisivo los clérigos y monjes procedentes de las islas británicas con el diácono anglosajón Alcuino de York a la cabeza, verdadera eminencia gris del *renacimiento carolingio* que surgiría en los años siguientes gracias al enorme esfuerzo de patronazgo regio. Y es que no cabe duda respecto al papel vital que jugó Alcuino de York en la acuñación definitiva y canónica del Ideal Sapiencial cristiano en el Medioevo latino. Con todo, Alcuino no era un genio de las Letras, sino fundamentalmente un maestro de escuela apegado a la Tradición cristiana transmitida por San Beda el Venerable.

Mas lo que la ocasión pedía era precisamente un director de escuela que pudiera aplicar, con el apoyo regio, sus ideas pedagógicas a escala europea. Su principal alumno fue el propio Carlomagno, que hizo un enorme esfuerzo personal por cultivarse en todos los saberes a pesar de su

analfabetismo inicial, sacando tiempo entre batalla y cacería para estudiar por las noches el cálculo y la gramática.

Y es que fue el arquetipo bíblico de la Realeza davídica, antes que el de la Realeza imperial constantiniana, el que inspiró el Ideal Sapiencial propugnado por Alcuino de York en Aquisgrán. La vertiente mesiánica del *ministerium regis* asumida por Carlomagno, su imagen sacerdotal en tanto que un *nuevo David*, alguien proclamado por el patriarca Paulino de Aquilea *dominus et pater, Rex et sacerdos* le habilitaron para desarrollar un programa cesaropapista que situaba al pontífice romano y a los obispos bajo su tutela.

El *Ideal-tipo* representado por la *dominación difusa* sobre Europa de un grupo gentilicio, la *gens Francorum*, un modelo basado en una concepción patriarcal y patrimonial de la autoridad, fue sustituido durante el reinado de Carlomagno por uno eclesiológico, el *Imperium christianum*, que conjugó a su vez dos modelos ideológicos: la *dominación legal* (el estado burocrático de los funcionarios palatinos) y la *dominación carismática* (la Realeza triunfal y sapiencial cristiana que guía a un pueblo elegido, los Francos)⁴⁰.

Indudablemente, la formulación por parte de Alcuino de York del arquetipo de la Realeza davídica, un arquetipo sapiencial y triunfal a un tiempo, supuso la introducción de nuevas formas simbólicas que eclesializaron el poder político franco, tratándose en nuestra opinión de un caso paradigmático de racionalización por parte de una *intelligentsia* de un modelo de dominación carismática previamente consolidado.

Por otro lado, en el fructífero círculo palatino de Carlomagno resurgió con extraordinaria fuerza la antes abandonada tradición especular de la Antigüedad Tardía, aplicada ahora de forma exclusiva a la figura del soberano cristiano ejemplar encarnado por el emperador franco. La Europa carolingia, obsesionada por la teología política, contempló el emerger de este género literario dedicado al tratamiento exegetico de la problemática concerniente al buen gobierno cristiano, el de los *espejos de príncipes* propiamente dichos.

En los años posteriores a la coronación imperial de la Navidad del 800 el círculo palatino de Aquisgrán produjo una auténtica riada de poemas laudatorios (*encomia*) sobre la figura de Carlomagno en lo que era una campaña de propaganda sistemática cuyo precedente directo hay que encontrarlo en el círculo de Augusto, cuyos poetas áulicos (particularmente Virgilio y Horacio) desempeñaron una función similar al impulsar

⁴⁰ Vid. Georges BALANDIER, *Anthropologie politique*, París, 1967, ed. esp. *Antropología política*, Madrid, 1969, pp. 53-55.

la temática de la Edad de Oro augustea (*Aurea Aetas*). En estos *encomia* la alabanza de la erudición del emperador fue una técnica habitualmente utilizada como recurso retórico, siendo el discurso sapiencial de la Realeza uno de los temas más recurrentes en sus versos.

En cuanto a los frutos prácticos de este discurso sapiencial de la Realeza en los tiempos de Carlomagno cabe señalar que nunca se insistirá demasiado en el importante papel del patrocinio del emperador franco en la recuperación de algunos autores clásicos. La deuda que la cultura occidental ha contraído con los copistas carolingios se comprenderá mejor si se toma en consideración que a ellos debemos la preservación de casi toda la poesía latina (con la sola excepción de Catulo, Tíbulo, Propercio y Silio Itálico), casi todo el teatro romano (excepto las tragedias de Séneca y parte de las de Stacio y Claudiano) y el 90% de la prosa latina (únicamente Varrón, Tácito y Apuleyo fueron rescatados más tarde).

Puede darnos una idea de la importancia de esta actividad de copia y difusión libraria el hecho de que para los primeros ochocientos años de la Era cristiana conservemos 1.800 códices manuscritos latinos, mientras que tan sólo para el siglo carolingio, los cien años que abarcan el período 780-880, contamos con más de 7.000 códices, aunque el total de la producción carolingia fue de 50.000 según los cálculos de Bernhard Bischoff.

Y es que para Carlomagno y sus sucesores, el apoyo a la producción de libros era primordialmente una forma de promoción de su propia potestad regia en tanto que reyes cristianos así como de consolidar la Fe cristiana diseminando los textos clave en los que esa fe estaba basada.

En efecto, el renacimiento carolingio fue una fase más en la historia de la realización del ideal de reforma de la sociedad dentro de la evolución del Cristianismo. Ya los Padres de la Iglesia habían enseñado que una reforma de las costumbres debe siempre ir precedida por la búsqueda de la verdadera sabiduría. Estaríamos, por tanto, frente a un intento de recrear la cultura cristiana de los siglos IV y V, antes que propiamente una recuperación de los Clásicos *per se*, aspecto que sería secundario para el mundo carolingio. Por consiguiente, hay que analizar el renacimiento carolingio en tanto que la realización cultural y educacional de una *norma rectitudinis* cristiana.

Durante el reinado del débil sucesor de Carlomagno, el emperador Luis el Piadoso (*imp.* 814-840), se produjo en el Imperio carolingio una cierta evolución hacia presupuestos eclesiológicos, esquemas morales y dinámicas litúrgicas imbuidas de un ritualismo y un rigorismo moral de espíritu «levítico», esto es, inspirados en el sacerdocio del Antiguo Testamento.

En el nivel del pensamiento se produjo un fenómeno sincrónico y paralelo a este movimiento ritualista y rigorista *levítico*. En efecto, el con-

cepto de «especialista de la liturgia» y el monopolio sacerdotal de la espiritualidad cristiana en este período (traducido en la celebración de misas votivas sin asistencia de fieles o en la progresiva exclusión del laicado de unos oficios divinos convertidos en prerrogativa de personas especializadas) iría unido al surgimiento de un Ideal Sapiencial levítico que excluía a los laicos del acceso a la alta cultura. Y es que esta espiritualidad «levítica» erosionó el proceso de eclesialización del laicado que había iniciado el renacimiento carolingio al aumentar las distancias mentales y culturales entre el clero y el común de los fieles laicos.

Lo que había comenzado en tiempos de Carlomagno siendo un proyecto de evangelización y alfabetización de los laicos terminó por centrarse únicamente en la reforma espiritual del clero y el monacato. Este proceso trajo consigo el rápido eclipse de la escuela palatina de Aquisgrán como epicentro cultural del Imperio Carolingio y su sustitución por centros regionales, particularmente abadías y escuelas catedralicias.

En realidad, esta evolución final del renacimiento carolingio está predeterminedada, de alguna manera, desde sus inicios. No había posibilidad ya de que surgieran sabios laicos, como lo habían sido Casiodoro y Boecio, capaces de ser ministros y filósofos a un tiempo. Carlomagno había transformado a los clérigos y monjes de su círculo palatino en hombres de gobierno y de acción. Impuso una actividad febril a intelectuales antes recluidos en sus bibliotecas como Alcuino de York o Teodulfo de Orléans.

De hecho, el renacimiento carolingio dio al clérigo letrado un sitio nuevo en la sociedad y un nuevo papel político. En efecto, el empleo generalizado de clérigos en las cancillerías les concederá un virtual monopolio de los cuadros burocráticos de la administración regia que duraría cuatro siglos. Por consiguiente, la clericalización de la alta cultura implicó también una clericalización de las estructuras políticas.

El progresivo desconocimiento del latín por parte de los laicos tuvo consecuencias no sólo en la incompreensión del ritual de la Santa Misa sino incluso en las estructuras del parentesco y en general en el conjunto del ordenamiento de la sociedad. Al constituirse la Iglesia en detentadora exclusiva y casi *señora* de la lengua latina, cuya superioridad residía conjuntamente en su triple definición como lengua sagrada, lengua *esotérica* y lengua escrita, dispuso de un instrumento susceptible de reforzar a la vez su unidad, su característica de institución *separada* y su impronta sobre el conjunto de la sociedad cristiana.

En efecto, la condición de única portadora de la sabiduría de la Iglesia, esto es, su *monopolio cultural*, reforzó notablemente su poder material y simbólico en el seno de la sociedad altomedieval. En un futuro inmediato, la posición de predominio político del clero carolingio que ahora se inauguraba se iba a apoyar en la elevada valoración moral e intelectual

que le concedía el conjunto de la sociedad franca. Este *consenso social* estuvo determinado, fundamentalmente, por dos principios fundamentales de valoración social propios de la cosmovisión del Occidente carolingio: *pietas* y *sapientia*, virtudes ambas que el clero poseía por encima de cualquier otro estrato social.

Se iniciaba entonces un proceso de *mutabilidad social* que terminó por debilitar la posición política y social de la Realeza y la aristocracia laica en los *tiempos largos*. Ciertamente, la hierocracia gregoriana estaba en camino. Y es que la hierocracia sólo era posible a partir de una premisa básica: el monopolio por parte del clero y el monacato de la *función pensante*, es decir, su condición exclusiva de *agente del pensamiento social*.

El arte de la oratoria y, más aún, el de escribir, serían a partir de entonces el privilegio de una pequeña élite reclutada casi exclusivamente entre las filas del clero y de los monjes. En ellos recaía la misión del orador, ahora que el pueblo franco había dado el paso decisivo que permitía pasar de la barbarie a la cultura y de la idolatría al cristianismo. Estos intelectuales clericales definieron su papel en el nuevo imperio como aquel que el orador había desempeñado en la Antigüedad.

El renacimiento de la cultura antigua los reafirmó en su misión de mentores del rey y guía del pueblo que asumieron ya como jefes religiosos. Desde entonces, los obispos actuarán en su papel de «filósofos gobernantes» cuando se dirijan al emperador para fijar la norma cristiana de comportamiento o para definir las características del buen gobierno.

En el curso de las cuatro generaciones que median entre Pipino el Breve y Carlos el Calvo, los *enchiridia* (manuales morales) pasaron de ser elogiosos retratos de un monarca, a un tiempo literarios e impersonales, a convertirse en formulaciones programáticas de pensamiento clerical, *espejos del clero*, según los define Michel Rouche. Sus autores, miembros todos de una élite clerical, serán los *intérpretes oficiales* del pensamiento del nuevo orden levítico instaurado por los obispos carolingios en los últimos años de Luis el Piadoso.

Lo cierto es que raramente se aplicó el discurso de la Realeza sapiencial a Luis el Piadoso. Y es que, a diferencia de su padre Carlomagno y de su hijo Carlos el Calvo, Ludovico Pío no proyectó sobre sus contemporáneos una imagen salomónica. Su virtud regia principal, la *pietas*, fue siempre más recalcada que su *sapientia*.

Tras el Tratado de Verdún (año 843) y el final de la unidad del mundo carolingio se perdió la existencia de un único foco intelectual central para el Occidente cristiano, al desaparecer la *schola palatina* y dejar de enviar los *proceres* francos a sus hijos a la corte de Aquisgrán para educarse, lo cual incidió en la situación política general dado que la *Reichsaristokratie* comenzó a desvincularse mentalmente del *aula palatina* y de la propia

Realeza, lo que, a la larga, sería parte del caldo de cultivo del surgimiento de los principados territoriales.

También se perdió definitivamente por entonces el predominio de la Realeza sobre el episcopado. Si en tiempos de Carlomagno, el emperador se permitía convocar sínodos y concilios, el Concilio de Ver (844) supuso el inicio de una nueva época, en la que los obispos no sólo asumieron la iniciativa en materia espiritual y definieron su papel en la sociedad (lo que siempre les había correspondido y les había sido usurpado por los reyes), sino que también pasaron al contraataque y definieron el contenido mismo de la dignidad regia. Ahora eran los obispos los que solicitaban al rey que implementara sus decretos sinodales y los incluyera entre las instrucciones que remitía a sus *missi dominici*.

De entre los tres hijos y sucesores de Luis el Piadoso, sin duda es Carlos el Calvo (*reg.* 840-877) el que mejor encarnó el arquetipo sapiencial de la Realeza. Más que un mecenas fue en realidad el ideólogo de su propio gobierno, un maestro en la utilización de los símbolos y los rituales de la Realeza que fabricó imágenes políticas perdurables. Un verdadero príncipe del renacimiento carolingio, no solamente en el sentido cultural, sino más bien con la significación maquiavélica del creador de un estado en tanto que obra de arte: el Reino de Francia.

Lo cierto es que la construcción del edificio político e institucional del *Regnum occidental* no fue nada fácil. De los tres hijos de Luis el Piadoso, fue Carlos el Calvo el que más dificultades de todo tipo tuvo que afrontar al comienzo de su reinado. Desprovisto de la sanción de todo liderazgo carismático que supone una victoria militar, acusado por muchos de débil y timorato en el combate, Carlos se esforzó por potenciar al máximo la simbología del poder, haciendo especial hincapié en el ceremonial de la Realeza y dotando del mayor lujo y esplendor posibles su corte. En contraste con el sobrio estilo militar de la corte de su hermanastro Luis el Germánico, el ceremonial de la corte de Carlos el Calvo fue un constante ejercicio de propaganda política con el fin de convencer a sus súbditos de la legitimidad política de su joven y poco marcial soberano. De ahí la permanente invocación de la recordada figura de su abuelo, Carlomagno, como referente y modelo.

Empero, Carlos el Calvo cayó «víctima de su propia propaganda» incurriendo en una política temeraria de búsqueda de referencias de prestigio según el molde de la imagen imperial de Carlomagno, un mito político cuyas dimensiones le venían algo grandes a su nieto, cuya cultura personal sí era parangonable a la de su abuelo, pero cuya impresionante estela de anexiones debía más a la fortuna que a un genuino genio político, ello por no mencionar sus enormes carencias como soldado.

Ahora bien, Carlos el Calvo, a pesar de los fracasos de su política y de sus limitaciones como estadista, consiguió encarnar a la perfección el

sueño salomónico del Rey Sabio carolingio alumbrado hacía medio siglo por Alcuino de York. Educado desde los siete hasta los diecisiete años por el capellán de su madre, el erudito monje alemán Walafrido Estrabón, Carlos el Calvo surge ante nuestra mirada como un verdadero *Rex litteratus*, un auténtico *príncipe del renacimiento carolingio* según la plástica definición acuñada por Wallace-Hadrill, quien le ha caracterizado como «el personaje más grande de su dinastía si exceptuamos a su abuelo, Carlomagno».

Los epígonos de la Realeza sapiencial carolingia

El propio Wallace-Hadrill señala que durante el siglo IX en Europa «los reyes sabios, o al menos los reyes patrocinadores de la cultura, fueron la regla antes que la excepción». De esta forma, Alfredo el Grande, rey de Wessex (reg. 871-899), artífice de la supervivencia de Inglaterra frente a los invasores vikingos, también se inspiró en el modelo de Realeza sapiencial carolingia que habían encarnado Carlomagno y Carlos el Calvo.

En efecto, el rey Alfredo volvió su mirada a los sabios que pululaban en las cortes de los descendientes de Carlomagno para construir una nueva *Kulturpolitik* de raíz carolingia en la Inglaterra anglosajona. Lector de la *Vita Karoli* de Eginardo, Alfredo el Grande se embarcó en una deliberada *imitatio Karoli* que no se diferenció en esencia de la política seguida por Carlos el Calvo en esos mismos años: una política que giraba en torno al Ideal Sapiencial y la Realeza salomónica. Ciertamente, la comparación entre Carlomagno y Alfredo el Grande tiene un atractivo superficial añadido debido a que el rey anglosajón, al igual que había hecho el emperador de Occidente, convocó a su corte a sabios de todos los países, en particular de Irlanda y Francia.

En los años posteriores a su resonante victoria sobre los vikingos en Edington (878), aprovechando la década de paz que ello le proporcionó, Alfredo el Grande congregó en torno a sí a un nutrido grupo de intelectuales que pasaron largas temporadas en su palacio siguiendo el modelo carolingio. Ello, según nos informa el obispo Asser en su biografía del rey, con el fin de que la *divina sapientia* y las Artes Liberales florecieran en su corte, ya que el rey habría amado el *studium sapientiae* desde su más tierna infancia.

Alfredo estaba convencido de que los terribles estragos causados por los vikingos eran un castigo por los pecados de su pueblo y la incuria del clero encargado de pastorearlo. El designio de Alfredo de educar a todos los hombres libres y el ambicioso programa educacional de Carlomagno reflejado en sus Capitulares guardan demasiado parecido como para que ello sea mera coincidencia. Aún más llamativo, quizá, es el objetivo común a ambos: la renovación de la vida religiosa a través de un renacimiento cultural.

Por consiguiente, el proyecto político del rey de Wessex, un programa imbuido de reformismo cristiano, consistió en recuperar dos bienes que en tiempos de San Beda el Venerable poseían sus antepasados y que se veían como algo inseparable: *weal and wisdom* (riquezas y sabiduría). Y es que el ejercicio del poder real y el conocimiento de la Sabiduría divina eran realidades inseparables a los ojos de Alfredo el Grande.

Alfredo el Grande, instrumentalizando con gran habilidad el *patrocinium* regio, iba a centralizar y cohesionar en torno a la Realeza toda la estructura aristocrática de Inglaterra, que amenazaba por entonces con desintegrarse por la peligrosa tendencia feudalizante de algunos *ealdormen* a crear principados territoriales y convertirse de facto en *half-kings* (término equiparable al *regulus* latino). Educarles e instruir en los rudimentos de la cultura cristiana a estos nobles era también una forma de ligarlos con lazos espirituales de fidelidad a la Realeza de Wessex, depositaria entonces de la defensa de la Fe católica en Inglaterra frente a la amenaza vikinga. El renacimiento alfrediano de los saberes fue, por consiguiente, un fenómeno completamente político.

Medio siglo después, en pleno siglo X, en el Continente la deplorable situación social y política no predisponía precisamente al desarrollo del pensamiento y la cultura. En una Europa que padecía todavía las consecuencias de las Segundas Invasiones de vikingos y magiares, asolada por las malas cosechas y que había visto perdida su anterior unidad política carolingia, las aristocracias particularistas, esos *malhechores feudales* desprovistos de todo programa político que habían socavado las bases del Imperio Carolingio hasta acabar con él, no resultaban ser los agentes idóneos para la necesaria construcción de un nuevo edificio institucional que sustituyera a las mentalidades políticas carolingias.

Como en los añorados tiempos carolingios, la única *intelligentsia* disponible estaba en la Iglesia, en concreto en los obispos, y la mayor parte de los gobernantes del siglo X, *reges illitterati* muchos de ellos, iban a echarse en sus manos para que les proporcionase cuadros burocráticos y una plataforma de legitimación sacral que seguía siendo muy necesaria. De ahí el éxito de la unión y la rápida propagación del arquetipo cristocéntrico de la Realeza.

Sin embargo, en medio de tanta ruina, en una Europa cuyas bibliotecas y claustros eran arrasados por los vikingos, surgió inesperadamente en Alemania, el lugar menos civilizado del Imperio Carolingio, un nuevo oasis de fortaleza y sabiduría donde una nueva dinastía de reyes sabios protegió la cultura y reedificó el proyecto imperial de Carlomagno sobre sus ruinas. El Sacro Imperio Romano Germánico de los otónidas fue construido con el hierro de las espadas, pero en sus abadías y escuelas catedralicias no imperó la oscuridad del Siglo de Hierro que nublaba por entonces el resto de Occidente.

Presentado como el salvador de Europa por sus victorias frente a los Magiares, dominada Italia y aplastados los duques rebeldes, inmensamente rico gracias al descubrimiento de minas de plata en sus tierras patrimoniales de Harz, Otón I (*reg.* 936-973) se sintió lo suficientemente fuerte para poner en marcha una total reestructuración del reino teutónico que implicaba una potenciación del poder de los obispos, convertidos ahora en contrapeso de los ducados tribales.

Pero la instrumentación otónida de la eclesiología y la teología política al estilo de los reyes carolingios no se limitó al ceremonial o a las alianzas políticas con la Iglesia. También hubo una teología política otónida. La fundación del Sacro Imperio coincidió con una inyección de savia nueva en la vida intelectual de Alemania, un resurgimiento cultural en el que la corte jugó un papel decisivo en lo que era un claro seguimiento de la tradición carolingia de la Realeza sapiencial.

Según relata Widukind de Korvey, el propio Otón, como había hecho antes Carlomagno, se esforzó en subsanar sus carencias intelectuales y consiguió aprender a leer con casi treinta y cinco años, posiblemente debido a la influencia de su segunda esposa, la cultivada emperatriz Adelaida. El emperador Otón recuperó también el patronazgo cultural carolingio al albergar en su corte a sabios venidos de otros países, como los gramáticos italianos Esteban de Novara y el diácono Gunzo, traídos por Otón para enseñar en la escuela catedralicia de Wurzburg. También llamó a su corte al erudito lombardo Liutprando de Cremona, a quien conseguirá una mitra episcopal y enviará como embajador a Constantinopla ante el *basileus*.

Un caso revelador del interés de Otón el Grande por la renovación de los estudios en sus dominios lo encontramos en su «fichaje» de Gerberto de Aurillac, un joven monje aquitano que había estudiado matemáticas en España, una ciencia olvidada en el Siglo de Hierro como casi todo lo que atañe al *Quadrivium*. El joven monje, ligado desde entonces a la casa imperial alemana, acabaría accediendo al solio pontificio como Silvestre II. Su relación política y espiritual con su pupilo, el emperador Otón III (*imp.* 994-1002), recuerda vivamente la que mantuvieron Carlomagno y Alcuino de York dos siglos atrás.

Con todo, a diferencia de Carlomagno y el resto de soberanos carolingios, los otónidas optaron por desplegar un patronazgo cultural no ligado estrictamente a su palacio o su persona, enviando a los intelectuales que estaban bajo su protección a aquellos centros eclesiásticos donde hacían más falta. En efecto, fueron los *scriptoria* monásticos y las escuelas catedralicias ligadas a la corte imperial las que asumieron el liderazgo de este *renacimiento otoniano*.

Una vez en el trono el discípulo de Gerberto de Aurillac, Otón III intentó encarnar el arquetipo del Rey Sabio y podemos decir que lo con-

siguió. El monje cronista francés del siglo XI Ademar de Chabannes le define como un *emperador-filósofo*. Educado entre mujeres cultas y refinadas como su madre, su abuela y sus tres hermanas, fue un hombre a un tiempo sensible y místico, penitente habitual y uno de los mayores patrocinadores de las artes plásticas de toda la Edad Media. Fue también el último de los reyes sabios de la Alta Edad Media.

Su muerte en el alba del Milenio en la flor de la juventud dio paso a los tiempos de la Realeza feudal en la que poca cabida habría para el Ideal Sapiencial. Los reyes del Año Mil serán reyes guerreros y analfabetos. El paradigma del *Rex inutilis* alcanzó entonces su máxima expresión. Habría que esperar al renacimiento del siglo XII para que el discurso salomónico de la Realeza resurgiera con fuerza y viviera su auténtica Edad de Oro. Nunca se ha dado en la Historia más importancia a la sabiduría de los reyes que en los dos siglos que transcurren entre 1100 y 1300.

La crisis del discurso sapiencial de la Realeza

Ahora bien, la recepción europea en la segunda mitad del siglo XIII de *La Política* de Aristóteles a partir de la versión de Guillermo de Moerbeke pondrá fin a la considerable influencia del discurso de la Realeza sapiencial en el pensamiento político católico del Occidente medieval. Su éxito estaba ligado a la alargada sombra de Platón y los libros sapienciales de la Biblia.

Cuando ambos cedan su lugar preeminente en los corazones de los escolásticos a Aristóteles y al recuperado Derecho romano, comenzará a caer en el olvido el *sueño salomónico* de la Realeza. La nueva teología política que el tomismo desarrollaría en la Baja Edad Media y la Edad Moderna daría alas a un nuevo arquetipo, el del príncipe prudente, sustituyendo la *prudentia gubernatoria* a la *sapientia* como virtud política suprema.

Y no es que no hubiera reyes sabios a partir de entonces. Ciertamente, Carlos V de Francia (*reg.* 1363-1380: *el Sabio*), Felipe II de España (*reg.* 1556-1598: *el Rey Prudente*), Jacobo I de Inglaterra (*reg.* 1603-1625: *el Salomón inglés*) y el emperador Rodolfo II (*imp.* 1576-1612: *el emperador de los alquimistas*) son buenos ejemplos de cierta continuidad del modelo en la Temprana Edad Moderna.

Pero lo cierto es que, a efectos de lo que supone una plataforma de legitimación del poder, el despliegue de una imagen sapiencial de la Realeza había perdido la mayor parte de su fuerza. La condición de Rey Sabio pasó a ser una más de las muchas virtudes del soberano y no la más política de ellas, como se puede comprobar examinando la propaganda regia del período que pasa por alto en muchas ocasiones el amor al estudio del monarca objeto de alabanza.